

EL SENTIMIENTO DE LA VIDA COSMICA.

El doctor Mariano Iberico, prestigioso maestro de nuestra Facultad, admirable en su recia y fecunda mentalidad filosófica, y que ha enriquecido ya la bibliografía nacional con valiosas aportaciones, publicó al finalizar el año último un nuevo libro de meditaciones filosóficas. Es ésta acaso la obra más personal del doctor Iberico—pese a sus “Notas sobre el paisaje de la sierra”, que, a nuestro juicio, constituiría una preparación para la apreciación de las ideas encerradas en el volumen al que nos referimos,—y en donde, con mayor énfasis, ventila cuestiones que tocan directamente no sólo su noble y altísima sensibilidad, sino también y de modo quizá especial, el sentido de nuestra civilización que por una parte tiende a desvirtuar la actividad genuinamente cultural y por otra pugna por desconectar cada vez más al hombre de sus fuentes primitivas de sustentación vital. “El sentimiento de la vida cósmica” responde así, en el pensamiento de su autor, más que a una inquietud íntima o a una como nostalgia sagrada de lo eterno, que agoniza en brazos de una visión yerta y mecánica del suceder universal, a una concepción que, constatando la huída del hombre del seno virginal y místico de la naturaleza, postula una reincorporación de éste a ese seno mediante un magiaje reconciliatorio con la vida cósmica, en cuyas ondas reverberan las imágenes primordiales del alma que eual una concha marina recoge en sí las resonancias del acontecer metafísico del mundo y de la vida.

“El sentimiento de la vida cósmica” presenta por esto un contenido harto interesante y capaz de agitar profundamente el espíritu. Contemplando al hombre moderno metido en un mundo artificial de fórmulas e ideas, procura, sobre todo, reivindicar el cultivo de la emoción de la vida universal, oponiéndose resueltamente a la concepción que considera al hombre como un simple explorador de un mundo inerte, es decir, como un habitante extraño a la pulsación vital del mundo, “una concepción que al propio tiempo que consagre la preeminencia del espíritu, recoja el mensaje de poesía y de magia que nos envía la naturaleza, una filosofía en que el hombre aparezca como el mediador metafísico destinado a hacer de la vida espíritu y a encarnar en la vida el espíritu, una concepción, en fin, que promueva, junto con el respeto por las intenciones y los

ritmos vitales del cosmos, la verdadera creación espiritual que no se obtiene como el resultado de una técnica, sino como un dón, a la vez merecido y gratuito, que recibe por la lealtad del alma para con el principio universal de animación y aparición”.

No puede ser más honda y generosa la intención del doctor Iberico. Su obra abarca cuatro capítulos que separadamente tratan temas que guardan entre sí mutua relación y que se unifican en la inspiración central de su autor. Los cuatro capítulos están precedidos de una introducción y rubricados al par por una conclusión. En la primera el doctor Iberico expone el pensamiento director de su libro, haciendo aquí referencia a la indigencia y monotonía interior “de la vida moderna que proyecta sobre el mundo su propia destañada opacidad” El hombre de hoy no sólo no siente ya la reverencia cósmica que le abriría de par en par las puertas de una plenitud anímica lindante con el definitivo y supremo sentido de lo absoluto, sino que reemplaza con esquemas rígidos e inmóviles, sujetos a una rigurosa ley de causalidad inanimada, de carácter agudamente físico-químico, las apariciones formales de la naturaleza. De este modo la polieromía, el vaivén de los seres, la palpitación rítmica del hálito vital, las fluctuaciones y alternancias de los fenómenos de nacimiento, crecimiento y floración han perdido sus metafísicas significaciones y se han convertido en meros movimientos mecánicos, carentes de aquel simbolismo mágico que tanto conmovía a los hombres de las culturas antiguas. De ahí la falta de respeto, de admiración, de amor por las intenciones fundamentales de la naturaleza. Y es porque el hombre actual imbuído en la presunción funesta de la aptitud de los métodos instrumentales de las ciencias para resolver los enigmas de la existencia, ha levantado delante de sí un pedestal desde donde cree poder entrever la matriz de este mundo que supone una superestructura engrampada causalmente, vale decir, mecánicamente. Por eso el ser humano de hoy vive en una especie de exterioridad, de aislamiento frente al discurrir natural e ingénuo de las cosas. “Ni en la ciudad ni en el campo vibran ya los ruidos nobles y alegres del antiguo trabajo, ni suenan las voces del paisaje y del alma.... Sólo se propaga el estrépito de las máquinas o se extiende un silencio que no es de recogimiento o de meditación sino de temor o de muerte”.

Pero la obra del doctor Iberico no sólo acusa el anhelo, diríase, de salvar o arrebatarse al hombre del mundo sin vida y sin alma en que se debate, experimentando, sin embargo, en su intimidad, el soplo de un más allá brillante y pletórico de intenciones cósmicas, sino que también nos presenta una descripción de las formas del sentimiento de la naturaleza. Por eso el doctor Iberico califica sus páginas como un ensayo descriptivo, donde estudia las modalidades del sentimiento de la naturaleza en su diversidad y en su unidad.



Empero, como dejamos dicho, en realidad “El sentimiento de la vida cósmica”. es mucho más que un ensayo descriptivo, por los motivos ya aludidos. De todos modos vale decir que con un pretexto descriptivo el doctor Iberico nos obsequia una muchedumbre de anotaciones y de pensamientos de profundos alcances psicológicos y que confrontan direcciones innúmeras de la vida afectiva. Así en un capítulo estudia el sentimiento intelectual de la naturaleza que se da como resultado de la contemplación del orden que reina en élla; sentimiento que desde una simple correlación de leyes naturales puede elevarse a la admiración y al amor al encontrar que las normas de nuestra razón presiden también la economía universal de los mundos. Aquí, el Dr. Iberico constata que la ciencia que, en principio está enderezada a fortalecer el sentimiento intelectual de la naturaleza, no obstante haber ampliado el ámbito de la contemplación cósmica, ha, sin embargo, suprimido el sentimiento de lejanía, “el pathos de la distancia que es un elemento tan importante en la emoción poética de la naturaleza”. Empero no se crea, dice el doctor Iberico, que el sentimiento intelectual de la naturaleza sea un sentimiento proyectivo, pues el orden intelectual no lo proyecta el hombre, sino que lo encuentra.

Después estudia el doctor Iberico los sentimientos de continuidad vital. Tales sentimientos son suscitados por las potencias originarias y creadoras de la *natura naturans* que resuenan en las profundidades de la vida humana y que le traen las confianzas recónditas de la naturaleza viviente. Son estados difusos, primitivos de la afectividad por medio de los cuales se actualizan las palpitaciones vitales de la naturaleza. El doctor Iberico subraya dos modalidades del sentimiento de continuidad vital en el hombre primitivo, es decir, en el hombre no separado aún completamente de la naturaleza: a) estados que él llama de cenestesia telúrica y que producidos por la repercusión en la conciencia de las innúmeras vibraciones, radiaciones y ritmos vitales del cosmos; y, b), emociones intencionales constituídos por estados complejos de visión y comunión cósmicas. Abunda luego el doctor Iberico en una serie de consideraciones en torno a los sentimientos de continuidad vital, los cuales, fundamentalmente, acarrearán imágenes que significan verdaderamente “presencias visibles de la vida”. Sería muy largo mencionar los variados temas que ágil y certeramente roza el autor al abordar este capítulo.

En el capítulo destinado al estudio del sentimiento del paisaje es en donde el doctor Iberico demuestra palmaria y elocuentemente la relación existente entre la vida universal y el paisaje que aparece como el cuerpo vivo y maravilloso de esa vida. La naturaleza se torna visible, tangible, en un juego caleidoscópico de imágenes que a la vez que se acercan se alejan en una como evasión amable

hasta tocar lontananzas inasibles y feéricas. Pero el sentimiento del paisaje no se da así no más, sino que sólo se actualiza en un alma que vive en íntimo soliloquio con las imágenes y vivencias primordiales no contaminadas aún por la conceptualización. El paisaje, sentido y vivido así, significa para el doctor Iberico un objeto real de participación afectiva, emocional con el latir uno e inmensurable del cosmos, de modo que frente a él poseemos una experiencia vital suprema y omniabarcante. Y esto sólo en tanto se considere viviente al paisaje, tal como cabalmente ocurría al hombre primitivo para quién un bosque no constituía meramente un conjunto de árboles sino una secreta y misteriosa muchedumbre de almas que parecían totalizarse y configurarse en sus vagos rumores y en sus palpitaciones profundas. Pero para el doctor Iberico no debe confundirse el sentimiento de la naturaleza con el sentimiento del paisaje que se dibuja como una vivencia particular y no coextensivo con aquél. Ciertamente que el paisaje es como la fisonomía de la naturaleza, pero es más propiamente un medio a través del cual la naturaleza se presenta, luce y habla. El paisaje, dice el doctor Iberico, es como la fantasía, el sueño de la materia, y así significa en verdad una zona en que la naturaleza y el alma se transfiguran en una sola apariencia visible. De este modo surgen en el alma que vive el paisaje un sentimiento de intensidad que sería, en el concepto del doctor Iberico, la base del sentimiento mítico, y un sentimiento de extensión que sería la raíz del sentimiento estético. Se ostentan así, específicamente delimitados, dos mundos: un mundo mítico y un mundo estético, en los cuales ausculta, se identifica y se proyecta el alma en un ansia pático y redencionista. Como resultado del vivir mítico y al par estético del paisaje, emerge, conjuntamente con el sentimiento de que un mismo fluido y un mismo ritmo baña y pulsa en la naturaleza viviente, un sentimiento de lejanía que es como el fondo pático que enmarca y nimba las vivencias arcaicas del alma.

Llegamos así, necesariamente, al sentimiento del ritmo cósmico. capítulo éste en que el doctor Iberico se reafirma en su concepción de que el ritmo constituye al mismo tiempo que el aliento más profundo de la vida, su expresión más auténtica en su esplendor y en su misterio. Todo en la naturaleza y en la vida transeurre rítmicamente, ya sea en lo pequeño como en lo grande. Todo ritmo, por insignificante que sea, es manifestación del ritmo cósmico. Los cambios alternos de los seres vivos están incluidos en el ritmo del cosmos. De ahí que mediante el vaivén rítmico,—nacimiento y muerte, noche y día, respiración y expiración, sueño y vigilia, primavera, verano, otoño e invierno, etc.,—el alma se incorpora por una parte en el ritmo general de la vida y por otra participa de la perenne renovación cósmica que mediante la dialéctica del ritmo inaugura

modos nuevos de ser y de existir. Por eso el doctor Iberico cree descubrir en el ritmo la esencia y aún diría el secreto metafísico de la proliferación inefable de la vida del mundo y del alma.

Para concluir sólo réstanos puntualizar que no por el hecho de decir el elogio de las diferentes variedades del sentimiento de la naturaleza, el doctor Iberico propugne una vuelta a la naturaleza en el sentido rousseauiano, lo que, a su parecer, traería como consecuencia una abolición de la cultura en provecho de una reintegración del hombre al estadio más primitivo y arcaico de la evolución. No defiende el autor un estado idílico de naturaleza. Antes bien, el doctor Iberico reconoce la alteza de los valores espirituales que para él son "las formas supremas de la actividad y de la emoción" que aún cuando en principio están por encima de la vida, no la niegan, sino que, al contrario, la promueven y la elevan. Por manera que no obstante aceptar la profunda enemistad entre el alma y el intelectualismo,—el rasgo principal de nuestra civilización es el ser precisamente intelectualizante,—piensa que muy bien pueden armonizarse el alma y el intelecto en una como mutua y fervorosa compenetración, que facilite la espiritualización del alma y la vitalización del espíritu. De este modo el hombre realizaría una alianza entre lo eterno y lo efímero, entre el espíritu que es configuración valorativa y el alma, encantada y poética, que entraña "las fuerzas más frescas, espontáneas e inocentes de la vida".

CÉSAR GÓNGORA P.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»